

JORGE BOLÍVAR

1. Preguntar si existe un pensamiento postmoderno es más o menos como preguntar si existe el Edipo. El pensamiento postmoderno es una categoría cultural que trata de dar cuenta de poder de las grandes ideas que sostenían y fundamentaban el proyecto filosófico-político de la modernidad. Y aquí modernidad no está experimentada como algo abstracto-deductivo como Edipo, sino como algo concreto y visible, como una usina termonuclear.

Tenemos pues una categoría cultural muy rica que da cuenta de la desarticulación del juego del poder y la verdad, propias del hombre moderno, pero dentro y fuera de ella hay tantos caminos y senderos del pensar, libres, no clasificables ni calificables, como formas de pensamiento no moderno hubo en tiempos de predominio de los discursos hegemónicamente ideológicos de la modernidad en su conjunto. Los pensamiento de Nietzsche y Heidegger son prueba indudable de ello.

Creo que cabe hablar mejor de una filosofía y de un proyecto moderno y de una condición epocal postmoderna, de una mutación interior en el orden conceptual de la modernidad al fin de siglo. El verdadero pensar no puede ser escolarizado ni calificado, ni sistematizado, ni temporalizado en formas absolutas que lo abarquen y cierren. Cuando ello ocurre es porque el camino que ese pensar abría se ha ocluido, cerrado en forma momentánea o definitiva. La naturaleza enigmática de toda existencia –y el verdadero pensar es también parte de lo existente como tal- roba el nombre de nuestras reflexiones cuando están abiertas, vivas y feraces. Reconocer el infinito despliegue de los pensamientos no sólo es una forma de abandonar la decadente metafísica de los discursos modernos, sino reencontrarse con una originaria y sabia voluntad de pensar.

2. La política es un medio, no un fin, como nos ha hecho creer cierta visión ideológica moderna. La política no tiene como razón trascendente realizar ningún destino universal. Esto, reitero, fue una ilusión de la modernidad (socialismo, liberalismo, nacionalismo). La política como medio no puede, por ello mismo, en contrario de lo que ha opinado en general el pensar dialéctico, garantizar ningún fin particular. La política ofrece destinos existenciales, singulares, irremplazables, cambiantes, efímeros. Esta concepción de la política no puede otorgar razón o verdad de por sí más que a la voluntad de poder y a los centros de fuerza que expresan, aunque puedan adoptar formas o grandes causas universales en su “externidad” conceptual. La política en sí misma, como pensaba Carl Schmitt, es un destino. ¿Y podría uno preguntarse cuál es el destino del destino? Destinar. Pues bien, el de la política es politear: generar centros de fuerzas, enfrentamientos de fuerzas, conciliación de fuerzas, para alimentar a la voluntad de los más fuertes. La política sólo es un medio para la voluntad de los más fuertes. La política es un manifiesto en contra de la idea de la igualdad universal. Siempre lo que aparece en ella es lo diferente, aunque sea con el disfraz de lo Mismo.

En segundo término, no creo que estemos ante el fin de los criterios políticos universales. Esta es otra cuestión. Me parece que en la era de la globalización hay más criterios planetarios compartidos que en la época de la guerra fría o en el período de la Sociedad de las Naciones del siglo pasado. Lo que pasa es que, por ejemplo, el denominador universal “democracia representativa” puede servir en un caso para transformar un criterio mano-obediencia dictatorial y en otro, para esterilizar o anular fuerzas sociales transformadoras. El destino de los criterios políticos universales, por ahora, es más bien expresar la creatividad social y cultural de pueblos y periferias históricas diferentes.

Habría que hacer, eso sí, ciertas distinciones epocales, primero nuestra forma de narrar y concebir la política y, segundo, en la relación de ésta con la voluntad de poder y, por ello, con el juego del poder mismo. En este sentido vemos que se debilita la sociedad de la Ley y cierta

primacía del orden político, sobre el orden económico y cultural. Y esto irá cambiando los juegos de fuerzas.

3. Hoy puede distinguirse, de manera “fisiológica” como diría Nietzsche, tres órdenes mutuamente interrelacionados, pero con cierto grado de autonomía funcional: el orden político, el orden económico y el orden cultural. Los medios de comunicación pertenecen indudablemente a este último, pero expresan, contradicen o realimentan, según los casos, a los dos anteriores.

Hemos afirmado en la anterior pregunta que se está debilitando en el mundo occidental de la Ley, donde el orden político -de naturaleza verticalista y terrestre, con límites marcados- imperaba. La sociedad de la producción, de esencia más marítima y desterritorializadora –como diría Deleuze- y la sociedad de la Norma, disciplinaria, normativista y “normalizadora”, profundamente ligada al orden cultural, están desarticulando la relación de la política con el poder.

Existen nuevos y complejos juegos para la voluntad de los más fuertes. Al tradicional nexo entre mando-obediencia, entre voluntades dominantes y voluntades (si es que así podemos llamarlas) rebañegas, se agregan cada vez con más fuerza las duplas; productor-consumidor (en el orden económico) y emisor-receptor (en el orden cultural). El mando, la producción y la emisión son expresión o aspiración de fortaleza. La obediencia, el consumismo y la recepción, formas de debilidad. Pero en la compleja relación de los diferentes órdenes de juego de la debilidad y la fortaleza se amplía y enriquece. Uno puede ser políticamente fuerte y culturalmente débil o viceversa. Existe una cierta socialización de la voluntad que coincide, no casualmente quizás, con la figura de la técnica como potencia planetaria.

En este panorama los medios de comunicación son el escenario y el vehículo privilegiado para expresar la fuerza del orden cultural, las armonías y contradicciones que ello genera.

Pero es digno de ver que en la sociedad de la información se habla de medios de comunicación, en vez de medios de información. Es que ellos expresan de manera cabal el carácter espacial de la vinculación humana en los umbrales del siglo XXI. No informan tanto la verdad cuanto comunican los juegos y simulacros de la voluntad de dominio en el campo de la cultura. Se trata del ascenso planetario a una nueva estructura de dominio.